

¿Qué supone para nuestra vida cristiana, para la pastoral de la Iglesia? ¿Acaso podemos deducir que la conversión no sea necesaria? En absoluto. La conversión, siguiendo la lógica de Dios tal como nos la presenta Oseas y posteriormente la parábola del «hijo pródigo» no es una condición previa al perdón, sino una respuesta del corazón del ser humano al amor de Dios: «le hablaré al corazón».

«La nueva evangelización ha de ser menos doctrinal y moralizante y debe tomar más en serio las heridas del corazón. Se necesita una conversión a la «hesed», o sea, al amor gratuito y al gozo de sentirse amado y valorado.»¹⁰

La misión de la Iglesia no es perpetuar su «status» sino anunciar la «buena noticia». A tantas personas, jóvenes y adultos, se les hace «cuesta arriba» la presencia de un Dios inaccesible, impenetrable y a la vez severo.

Bibliografía

ABREGO DE LACY, J.M., *Los libros proféticos*, Estella, 1993.

M. DÍAZ MATEOS, «Le hablaré al corazón» (Os 2,16), en *Selecciones de Teología* 140 (1996), 272-278.

VV.AA., *La Iglesia y los profetas*, Córdoba, 1992.

VV.AA., *Comentario al Antiguo Testamento II*, Estella, 1997.

¹⁰ M. DÍAZ MATEOS, art. cit., 275.

El Espíritu Santo en la Sagrada Escritura (I)

Rev. Aragon. Teol. 7 (1998)

Julián Ruiz Martorell

En la carta apostólica «Tertio Millenio Adveniente», Juan Pablo II afirma que el segundo año de la fase preparatoria (1998) «se dedicará de modo particular al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo» (TMA 44). El Espíritu Santo es el misterio absoluto del Dios uno y trino «la Persona-amor», «el don increado», «fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios» (TMA 44). La Iglesia no puede prepararse al cumplimiento del bimilenario si no es por el Espíritu Santo: «Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia» (TMA 44; cf. *Dominum et vivificantem*, 51).

Entre los objetivos primarios de la preparación del Jubileo se incluye «el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu», que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente por la *confirmación*, como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que Él ha suscitado para su bien» (TMA 45).

Con estas páginas pretendemos recoger algunos de los textos más importantes de la Sagrada Escritura en los que aparecen los antecedentes y la manifestación del Espíritu Santo. En la primera entrega del artículo destacamos simplemente algunos aspectos del Antiguo Testamento. Quedará para un segundo momento todo lo relativo al Nuevo Testamento.

Introducción¹

La palabra hebrea «rûaj», se puede traducir como «espíritu», «soplo», «viento», «aliento»... De modo semejante sucede con el término griego «pneuma». «Rûaj» es un elemento invisible e indispensable para la vida. Es una realidad impalpable, pero que a veces se impone con la fuerza de la tempestad; una realidad de la cual depende el hombre y que éste jamás puede dirigir a su antojo. Ya en la primera página del Génesis se afirma: «La tierra era algo caótico y vacío, y tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas» (Gn 1,2).

En lenguaje poético, la Biblia describe el soplo que sale de las narices de Yahveh (Ex 15,8: «al soplo de tu ira se apiñaron las aguas, se irguieron las olas como un dique, los abismos cuajaron en el corazón del mar»; Sal 18,16: «El fondo del mar quedó a la vista, los cimientos del orbe aparecieron, ante tu imprecación, oh Yahveh, al resollar el aliento de tus narices», etc.). Viento, soplo, espíritu, fuerza vital que sólo puede provenir del Dios de la vida.

El espíritu aparece como fuerza vital. La respiración es la señal de la vida. Se considera el aliento como el principio de la vida: la «rûaj» es el soplo vital (Gn 7,15.22: «Entraron con Noé en el arca sendas parejas de toda carne en que hay aliento de vida. Todo cuanto respira hálito vital, todo cuanto existe en tierra firme»; Sal 104,29s: «Escondes tu rostro y se anonadan, les retiras su soplo, y expiran y a su polvo retoran. Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra»).

¹ Cf. P. van IMSCHOOT - F. PROD'HOMME, «Espíritu», en *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1993, 547-549.

Por eso se pone en paralelismo con «nefesh» (soplo o alma: Is 26,9: «*Con toda mi alma te anhelo en la noche y con todo mi espíritu por la mañana te busco*»; Job 7,11: «*Por eso no he de contener mi boca, hablaré en la angustia de mi espíritu, me quejaré en la amargura de mi alma*»; Job 12,10: «*Él —Dios— que tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre*»).

El aliento de vida es fuerza vital: lo que no tiene «rûaj» carece de vida y de fuerza (Jer 10,14: «*se avergüenza del ídolo todo platero, pues sus estatuas son una mentira y no hay espíritu en ellas*»; Hab 2,19: «*¡Ay de quien dice al madero: 'Despierta', 'Levántate', a la piedra muda! ¡Está, sí, cubierto de oro y plata, pero ni un soplo en su interior!*»).

La vida comienza con el soplo de vida (Ecl 11,5: «*Como no sabes cómo viene el espíritu a los huesos en el vientre de la mujer encinta, así tampoco sabes la obra de Dios que todo lo hace*»), el cual es el aliento mismo de Dios. Cuando Yahveh insufló en el hombre el aliento de vida, éste se convirtió en ser viviente (Gen 2,7: «*Entonces Yahveh Dios formó al hombre con el polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente*»). Por eso, Yahveh es el Dios del aliento de vida y el hombre vive mientras el aliento de vida («rûaj») está en sus narices (Job 34,14s: «*Si él retirara a sí su soplo, si recogiera hacia sí su espíritu, a una expiraría toda carne, el hombre al polvo volvería*»; Sal 104,29s). Después de la muerte, el cuerpo vuelve al polvo de donde vino y el aliento de vida vuelve a Dios que lo insufló (Ecl 12,7: «*vuelva el polvo a la tierra, a lo que era, y el espíritu vuelva a Dios que es quien lo dio*»).

1. Antiguo Testamento²

La revelación bíblica nos muestra que es la acción del Espíritu Santo la que nos capacita para la experiencia de Dios. En el AT observamos que esta experiencia, en relación con la Palabra, abre el corazón del pueblo creyente para discernir la presencia reveladora de Dios en la historia, en la cual se realiza la comunión de alianza entre Dios y su pueblo. Es una apertura que tiende hacia un futuro encuentro experiencial, que será el fundamento de la nueva alianza. En ella, *Dios mismo, como Espíritu, entrará en el corazón del hombre*, capacitándole para acoger, en la obediencia de la fe, el ingreso personal definitivo, en la historia, de su Palabra, que se realiza en Jesucristo, a través del cual llega a su plenitud la revelación. El Espíritu, lugar por excelencia de la experiencia cristiana, es el que realiza la revelación de la palabra de Dios, el que abre las vías del corazón para su acogida, en la fe, y el que desarrolla y madura, en el amor, la perfecta sintonía de vida en la penetración de la Sabiduría divina.

En el AT, el Espíritu de Dios raramente se llama Espíritu Santo (Is 63,10: «*Mas ellos se rebelaron y contristaron a su Espíritu santo*»; Sal 51(50),13: «*no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu*»). La traducción griega de los LXX lo nombra así repetidamente; este nombre es muy frecuente en el NT. El Espíritu de Dios se llama «santo» lo mismo que su brazo, su nombre y su palabra, porque Dios es santo por naturaleza, de forma que «espíritu santo» significa de hecho «espíritu divino».

1. El Espíritu de Yahveh como aliento (soplo)

Para comprender bien la doctrina bíblica sobre el Espíritu de Dios hay que partir del sentido primitivo de «rûaj» (soplo, viento, espíritu). El soplo —considerado como la fuerza vital— y el viento eran para los israelitas fuerzas poderosas, misteriosas, terribles. El AT habla del brazo de Yahveh, de su mano, de su rostro, de su boca, también de su aliento (Job 33,4: «*El soplo de Dios me hizo,*

² Cf. P. van IMSCHOOT - F. PROD'HOMME, «Espíritu de Dios», en *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1993, 549-553.

me animó el aliento de Dios»), de su fuerza vital y de su espíritu, todos ellos tan activos como el mismo Yahveh. Se atribuyen al aliento o espíritu de Yahveh los fenómenos misteriosos, extraordinarios, muestras de una fuerza particular, en el hombre y en la naturaleza.

En la época del nomadismo la imagen del «soplo» acentuaba su manifestación de fuerza, de silbido en el desierto, de viento impetuoso que durante el éxodo de Israel separó las aguas del Mar Rojo: «Moisés extendió su mano sobre el mar, y Yahveh hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del este que secó el mar, y se dividieron las aguas» (Ex 14,21).

En la época del profetismo aparece más bien como una brisa ligera, apenas perceptible, «signo del Señor que pasa», como en el episodio de Elías en la cueva del Horeb. Dios no está ni en el huracán, ni en el temblor de tierra, ni en el fuego:

1 Re 19,9-12: «Allí entró en la cueva y pasó en ella la noche. Le fue dirigida la palabra de Yahveh que le dijo: '¿Qué haces aquí Elías?' Él dijo: 'Ardo en celo por Yahveh, Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel te han abandonado, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela'. Le dijo: 'Sal y ponte en el monte ante Yahveh'. Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor. Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, **el susurro de una brisa suave**». Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto ante el Señor que pasaba.

Pero Dios no se confunde con la «rûaj». Desde el principio, en Israel se observa un doble significado cósmico e histórico: la historia es el lugar por excelencia de la «rûaj» en que Dios y el hombre se encuentran con inmediatez.

2. La vida como lugar de experiencia de Dios en el Espíritu

Israel entra en sintonía con Dios a partir de su relación con el «soplo vital». Aquí «rûaj» tiene varios significados: desde el «biológico» (soplo respiratorio; Gn 6,17: «Por mi parte, voy a traer el diluvio, las aguas sobre la tierra, para exterminar toda carne que tiene hálito de vida bajo el cielo»), pasando por el «del sentimiento» (emociones, sentimientos, admiración), hasta el «psicológico» (Is 19,3: «Se trastornará el espíritu de Egipto en su interior, y sus planes anularé»; Ez 20,32: «Y no se realizará jamás lo que se os pasa por la imaginación —espíritu—»).

El hombre aparece como aquel que vive por el «soplo de vida» propio de Dios. El «soplo de vida» es un don en el cual vive el hombre, una fuerza misteriosa perteneciente a Dios. Numerosos pasajes describen la acción de la «rûaj» de Dios como una fuerza que está sobre el hombre (Num 24,2: «Y al alzar los ojos, vio Balaam a Israel acampado por tribus. Y le invadió el espíritu de Dios»; Jue 3,10: «El espíritu de Yahveh vino sobre él —Otniel—, que fue juez en Israel»; Jue 11,29; 1 Sam 16,14; Is 59,21: «Cuanto a mí, esta es la alianza con ellos, dice Yahveh. Mi espíritu que ha venido sobre ti y mis palabras que he puesto en tus labios no caerán de tu boca ni de la boca de tu descendencia (...), desde ahora y para siempre»; Is 61,1); que se impone sobre el hombre (Jue 14,6.19: «El espíritu de Yahveh le invadió, y Sansón sin tener nada en la mano despedazó al león como se despedaza un cabrito. Luego el espíritu de Yahveh le invadió, bajó a Ascalón y mató allí a treinta hombres...»; Jue 15,14: «Cuando (Sansón) llegaba a Lejé y los filisteos corrían a su encuentro, con gritos de triunfo, el espíritu de Yahveh vino sobre él...»; 1 Sam 10,6.10 —Palabras que Samuel dirige a Saúl—: «Te invadirá entonces el espíritu de Yahveh, entrarás en trance con ellos y quedarás cambiado en otro hombre. Desde allí fueron a Guibeá, y he aquí que venía junto a él un grupo de profetas; le invadió el espíritu de Dios y se puso en trance en medio de ellos»; cae sobre él (Ez 11,1: «El espíritu me elevó y me condujo al pórtico oriental de la Casa de Yahveh (...) El espíritu de Yahveh me invadió y me dijo...»); reposa sobre él (Num 11,25: «Bajó Yahveh en la Nube y le habló (a Moisés). Luego tomó del espíritu que había en él y se lo dio a los setenta ancianos. Y en cuanto reposó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar, pero ya no volvieron a hacerlo más»). En definitiva, se

destaca que la «rûaj» no está a disposición de los hombres, sino que expresa el misterio de lo divino, la imprevisibilidad de su actuar, su trascendencia. La expresión de Os 9,7 «hombre del Espíritu» quiere decir que el hombre no dispone del Espíritu, sino que el Espíritu dispone del hombre.

3. Experiencia del Espíritu y experiencia de Dios

El AT habla abiertamente del «Espíritu de Dios»: 16 veces como «Espíritu de Dios», 26 como «Espíritu del Señor» y 12 veces como «mi Espíritu». En el AT aparece claramente la idea del Espíritu como lugar de inmediatez entre Dios y el mundo.

Se podría afirmar que el «Espíritu del Señor» es la presencia divina: Sal 139,7: «¿Adónde iré lejos de tu espíritu (aliento), adónde escaparé de tu mirada?». En la fuerza vital y creadora se hace presente Dios mismo. Se trata de una presencia como fuerza vital, que crea un espacio para la vida personal.

En la historia, Dios-Espíritu se manifiesta no solamente como fuerza creadora vivificante, sino como fuerza unificante de Israel como «su pueblo». Esta función del Espíritu se manifiesta en las gestas extraordinarias de los guías carismáticos (libro de los Jueces), en la inspiración de los profetas, en la consagración de los reyes de Israel. Esta donación de Dios tiende al diálogo, a la comunicación, a la amistad. En la edificación de Israel como pueblo la obra del Espíritu funda la historia como historia salvífica de alianza. Esta presencia del Espíritu como presencia de Dios en la historia se expresa con el lenguaje de la «shekínah», el acontecimiento de la presencia de Dios.

La revelación de Dios en el Espíritu es esencialmente una realidad dinámica y personal. Es principio de vida y de acción, en todos los ámbitos: físico, biológico, psicológico, carismático, moral y religioso.

En la primera revelación bíblica, la «rûaj» muestra el inescrutable rostro de Dios en sus propiedades esenciales de fuerza invencible (en la experiencia del soplo que arrastra), de misterio incognoscible (en la inefabilidad del soplo), de potencia vivificante (en la relación entre «soplo» y «vida») y de potencia no controlable por parte del hombre (el soplo como espíritu de libertad).

Pero la experiencia de Dios, en la revelación del Espíritu, manifiesta su presencia histórica en medio de su pueblo, pues en él vive, sufre, goza, muestra simultáneamente su trascendencia y su immanencia.

4. La experiencia de Dios-Espíritu en los profetas

En la perspectiva profética, la experiencia de Dios como Espíritu se define por su relación con la Palabra, que el Espíritu inspira y acompaña. Los profetas se consideran «hombres de la Palabra»: han escuchado la Palabra de Dios (Am 3,8: «Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor Yahveh, ¿quién no va a profetizar?»; Is 5,9; 22,14; Jer 1,4.11.13: «Entonces me fue dirigida la palabra de Yahveh...»; Jer 2,1). Sin embargo, Miqueas declara: «Yo, en cambio, estoy lleno de fuerza, por el espíritu de Yahveh, y de juicio y bravura». Elías ya advirtió la presencia de Dios no en el tumulto de los profetas cortesanos, sino en la «brisa ligera» (1 Re 19,12). La palabra muestra de qué Espíritu están animados los profetas.

No existe tensión entre el Espíritu y la Palabra. El mismo Elías que, tras el murmullo ligero oyó una voz («le fue dirigida una voz»: 1 Re 19,13), experimentando la superioridad de la Palabra sobre las agitaciones tumultuosas, es el hombre del Espíritu: la «rûaj» lo transporta (1 Re 18,12: «el espíritu de Yahveh te llevará no se dónde») y se conceden dos tercios de su espíritu a Eliseo (2 Re 2,9.15: «Dijo Elías a Eliseo: 'Pídeme lo que quieras que haga por ti antes de ser arrebatado de tu lado'. Dijo Eliseo: 'Que tenga dos partes de tu espíritu. Habiéndole visto la comunidad de los profetas que estaban enfrente, dijeron: 'El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo'»).

La conexión entre inspiración profética y experiencia del Espíritu de Dios se encuentra en Is 30,1ss: «¡Ay de los hijos rebeldes —oráculo de Yahveh— para ejecutar planes, que no son míos,

y para hacer libaciones de alianza, mas no según mi espíritu, amontonando pecado sobre pecado». El profetismo es inseparable del Espíritu de Dios.

En Num 11,17.29 Moisés expresa el deseo de que todos en Israel fuesen profetas y recibiesen del Señor su Espíritu: «Yo bajaré a hablar contigo; tomaré parte del espíritu que hay en ti y lo pondré en ellos, para que lleven contigo la carga del pueblo y no la tengas que llevar tú solo». Cuando le dicen a Moisés que Eldad y Medad profetizan en el campamento, siendo que habían quedado fuera cuando Yahveh repartió el espíritu a los ancianos, responde: «¿Quién me diera que todo el pueblo de Yahveh profetizara porque Yahveh les daba su espíritu» (Num 11,29).

En el tiempo del exilio, con Ezequiel se desarrolla claramente la relación entre misión profética y Espíritu: el Espíritu irrumpe en su vocación (Ez 3,12.14.24: «Entonces el espíritu me arrebató y oí detrás de mí el ruido de un gran tumulto. Y el espíritu me levantó y arrebató, yo iba con el corazón lleno de amargura y de ardor, mientras la mano de Yahveh pesaba fuertemente sobre mí. Entonces, el espíritu entró en mí y me hizo tenerme en pie, y me habló»; cf. Ez 8,3; 11,1.5.24; 37,1; 43,5). Lo que el espíritu le comunica es la potencia de la Palabra. El espíritu de Dios pone al profeta en actitud de escucha y le revela el mensaje, pronuncia la palabra que deberá transmitir y que se expresa interiormente, pues el Espíritu no solamente cae sobre él, sino que entra «en él»: «El espíritu entró en mí como se me había dicho y me hizo tenerme en pie; y oí a alguien que me hablaba» (Ez 2,2).

Existe una íntima relación entre Espíritu, Palabra y Vida, que se refleja en la visión del capítulo 37 de Ezequiel: «La mano de Yahveh fue sobre mí y, por su espíritu, Yahveh me sacó en medio de la vega, que estaba llena de huesos. Me hizo pasar por entre ellos en todas las direcciones. Los huesos eran muy numerosos por el suelo de la vega, y estaban completamente secos. Me dijo: 'Hijo de hombre, ¿podrán revivir esos huesos?' Yo dije: 'Señor, Yahveh, tú lo sabes'. Entonces me dijo: 'Profetiza sobre estos huesos. Les dirás: Huesos secos, escuchad la palabra de Yahveh. Así dice el Señor a estos huesos: He aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en vosotros y viviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel, os daré un espíritu y viviréis; y sabréis que yo soy Yahveh'. Yo profeticé como se me había ordenado, y mientras yo profetizaba se produjo un ruido. Hubo un estremecimiento, y los huesos se juntaron unos con otros. Miré y vi que estaban recubiertos de nervios, la carne salía y la piel se extendía por encima, pero no había espíritu en ellos. Él me dijo: 'Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre. Dirás al espíritu: Así dice el señor Yahveh: Ven, espíritu, de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que vivan'. Yo profeticé como se me había ordenado, y el espíritu entró en ellos; revivieron y se incorporaron sobre sus pies: era un enorme, inmenso ejército».

Muchos textos del AT mencionan la acción del espíritu en la inspiración profética:

Is 48,16: «Acercaos a mí y escuchad esto: 'desde el principio no he hablado en oculto, desde que sucedió estoy yo allí. Y ahora el Señor Yahveh me envía con su espíritu'».

Zac 7, 12: «Su corazón hicieron de diamante para no oír la Ley y las palabras que el Señor de los Ejércitos había dirigido por su espíritu, por ministerio de los antiguos profetas».

Neh 9,30: «Tuviste paciencia con ellos durante muchos años; les advertiste por tu Espíritu, por boca de tus profetas; pero ellos no escucharon».

En la Antigua Alianza, la unción era un símbolo externo del don del Espíritu. El Mesías es el único gran *Ungido por Dios mismo*. Es el Ungido en el sentido de que posee la plenitud del Espíritu de Dios. El mismo será también el mediador al conceder este Espíritu a todo el pueblo. El ungido es también enviado con el Espíritu del Señor:

Is 61,1-3: «El Espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido».

5. El Espíritu esperado; la esperada efusión del Espíritu sobre el pueblo

Joel repite el gran deseo de Moisés («¡Ojalá que todo el pueblo de Yahveh fuera profeta y pusiera Yahveh su espíritu en ellos!»: Num 11,29), con un anuncio segurísimo: *«Sucederá después de esto que yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días»* (Jl 3,1-3).

Los profetas anuncian también el papel del Espíritu en la renovación de la vida de los creyentes y el acontecimiento de una nueva alianza en una nueva creación.

La acción de los precedentes mediadores se orientaba a hacer un pueblo vivo y fiel, en comunión con Dios, fuente de vida. Ésta es la obra típica del Espíritu. Los profetas anuncian el día en que Dios, por el poder de su Espíritu, realizará todo esto: verdadera resurrección (Ez 37), renovación en profundidad, recreación (Ez 36,26-27) para una alianza nueva y definitiva. El Espíritu de Dios que instaurará la justicia y equidad será enviado de arriba (Is 32,15: *«Al final será derramado desde arriba sobre nosotros espíritu»*; Is 44,3: *«Derramaré agua sobre el sediento suelo, raudales sobre la tierra seca. Derramaré mi espíritu sobre tu linaje, mi bendición sobre cuanto de ti nazca»*). La nueva comunidad purificada y recreada por el Espíritu de Dios vivirá según los mandamientos del Señor, conforme al espíritu nuevo.

Ez 39,29: *«No les ocultaré más mi rostro, pues derramaré mi Espíritu sobre la casa de Israel, oráculo de Yahveh»*.

Jer 32,38-40: *«serán mi pueblo y yo seré su Dios; y les daré otro corazón y otro camino, de suerte que me teman todos los días para bien de ellos y de sus hijos después de ellos. Les pactaré alianza eterna —que no revocaré de ellos— de hacerles bien, y pondré mi temor en sus corazones, de modo que no se aparten de junto a mí»*.

Los hombres, mediante el don de la nueva alianza (Jer 31,31-33), interpretada como obra del Espíritu (Ez 36,26-27) conocerán interiormente a Dios. El Espíritu divino es una fuerza inalienable que expresa la actuación personal de Dios en la historia promoviendo la personalización de los hombres.

Jer 31,31-33: *«He aquí que viene días —oráculo de Yahveh— en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice escarmiento de ellos —oráculo de Yahveh—. Sino que esta será mi alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días —oráculo de Yahveh—: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo»*.

Ez 36,25-27: *«Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas»*.

Is 59,21: *«Cuanto a mí, esta es la alianza con ellos, dice Yahveh. Mi espíritu que ha venido sobre ti y mis palabras que he puesto en tus labios no caerán de tu boca ni de la boca de tu descendencia ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, dice Yahveh, desde ahora y para siempre!»*.

La ley divina estará escrita en el corazón del ser humano, renovado y recreado por obra del Espíritu divino. Bajo este influjo, los hombres, en lugar de estar despersonalizados y dominados por fuerzas exteriores, serán capaces de dar lo mejor de sí mismos. El Espíritu despierta al máximo la personalidad para realizar la unidad de un designio salvífico: Ez 37,23: *«Y las naciones sabrán que yo soy Yahveh —oráculo del Señor Yahveh— cuando yo, por medio de vosotros manifieste mi santidad a la vista de ellos»*.

Is 63,19 ora por el advenimiento de ese pueblo de «hijos» fieles y dóciles al Espíritu de Dios: *«¡Ah!, si rasgaras los cielos y bajaras...»*